

pos evocados en ese estudio por Alfonso Reyes, y mejor todavía, el joven que sólo ha visto sus resultados y conocido de fama o por lectura, es decir, parcialmente, a sus hombres, o el extranjero, para quien el juego de influjos y reacciones es difícil de establecer, atendidos como se ven a las meras obras realizadas, hallarán aquí una clave que les iluminará de pronto la época entera. La lectura de este estudio es, a mi parecer, indispensable para entender como es debido una de las fases más próximas a nosotros — una fase “inmediata” — del espíritu mexicano; y todavía más: para ver con qué arte de selección, con qué fuerza intuitiva un escritor puede resucitar un tiempo del cual aún quedan testimonios vivientes que podrán tener también por su parte una imagen vivaz del “pasado inmediato”, pero que no han llegado a darle forma escrita, capaz, como la que nos ofrece este libro, de añadir formas y perfiles a nuestra curiosidad de hombres civilizados, capaces de sentir con plenitud el tiempo reciente, viéndolo, no como vaga memoria, sino en su realidad histórica.

Enrique DÍEZ-CANEDO

*El Noticiero Bibliográfico.*

México, II, 48, octubre de 1941, pág. 1-4.

#### FRAGMENTO SOBRE ALFONSO REYES

Encuadrado en el mismo marco que los anteriores, Alfonso Reyes, el Benjamín, no tardaría en elevarse. Y pues su trayectoria —creo yo— ofrece un poco frecuente interés, sigámosle a través de ella con el mayor cuidado. No esperemos encontrar ampulosidad ni estrépito. Reyes no ha buscado jamás una aureola de oropel que ilegítimamente lo corone. A semejanza de aquel personaje de Tolstoi, que desdeñando las hachas de oro y plata que no eran suyas, pedía al genio de las aguas su modesta hacha propia, él nunca se atrevió a pedir a sus renglones sino el mérito que por derecho le correspondía. Claro que a la postre —y aquí la semejanza con el mujik de la leyenda persiste —la gloria y el honor le fueron concedidos: “para recompensarle por su honradez, el Espíritu de las aguas le regaló el hacha de oro y la de plata”.

Formose Reyes al amparo bienhechor del Centro de Estudios Históricos, de Madrid, donde Ramón Menéndez Pidal, a fuer de maestro, daba impulso hacia la fama más envidiable a los dignos humanistas españoles: Américo Castro, Navarro Tomás, Onís, Solalinde... París —cuna de su primer libro— y Madrid —escuela sin par de su talento— fueron para él, embajador del Nuevo Mundo, puntos geográficos y sentimentales definitivos. Sin embargo, el principio, la arcilla fundamental, se lo había dado México: el México del primer Ateneo de la Juventud.

Las *Cuestiones Estéticas* datan de este crepúsculo inicial. Su verdadero carácter es el de una acertada recolección de primicias, que no por tales dejan de ser asombrosas. En ellas salta a la vista la deliciosa influencia del ensayo wildeano, junto al tenue soplo de Remy de Gourmont y el lejano cuchicheo intelectual del más íntimo Goethe. No esconde el libro —vuelve a afirmar García Calderón— el vagar perezoso del diletante, sino las etapas progresivas de un artista crítico. Artista crítico, sí; y lo uno sin menoscabo de lo otro. Artista en la forma y en el sentimiento, en la sustancia ele-

gida y en el estilo. ¡Cuánta razón ha tenido Federico de Onís al corroborar que la esencia predominante en Alfonso Reyes es la del poeta! Y esto a pesar de su relativamente escasa obra de versificación. En las *Cuestiones estéticas*, Góngora y Mallarmé, ulteriores preferencias, se ven estudiados con singular destreza y con no oculto cariño. Ahí, a la vez, se asientan claramente las leyes rectoras de la Crítica moderna “informada en mejor criterio que el prurito de enmienda, la intolerancia y la destrucción de lo auténtico y de lo personal”. En los tiempos actuales, la Crítica —siempre en la teoría y también, la mayor parte de los casos, en la práctica— “acepta al artista como es, y descubre en lo más irreductible la mayor cualidad estética”. Por otra parte, en todos los ensayos, mejor dicho, para seguir al autor, en todas las *Cuestiones*, se advierte un espectáculo muy original y no menos bello: las figuras —cortadas en planos ignorados, por lo general— soportan una indumentaria gráfica (permítaseme la expresión) genuina e inmejorable. Así Goethe, así Góngora, así Mallarmé, así Bernard Shaw, Góngora sobre todo, que fué —palabras de Villaurrutia— su primer arma de conquista.

Después de éste, su primer libro, Alfonso Reyes publica en México *El Paisaje en la Poesía Mexicana del Siglo XIX*. Más tarde, radicado en Madrid, se consagra al periodismo, y a invitación especial del brillante escéptico D. José Ortega y Gasset, colabora en *El Sol*, como fundador y como redactor. A partir de entonces, su estilo se depura, sacrificando el molde clásico en aras de una perfecta flexibilidad del lenguaje.

Cinco series sucesivas de *Simpatías y Diferencias* descubren, cada una con mayor fuerza que la anterior, al total, al universal maestro del ensayo impoluto y tranquilo. Un primer volumen rompe lanzas por Shakespeare y Virgilio: “Declaremos al fin, defiende, que la obra de Shakespeare no es de Shakespeare, sino de un contemporáneo que se llamaba como él”; y, respecto al gran latino, la sentencia queda invertida; ¡muerte al delirante mito del Virgilio profeta! “¡Dulce y melancólico Virgilio, poeta de éxtasis y lágrimas: lo que han hecho de ti los hombres!” El volumen siguiente, en ape-

nas concebible gesto precursor, avizora el fenómeno del cine como género literario; apenas concebible, repito, y no ciertamente porque fuera difícil imaginarlo en la fecha de edición del libro, sino atendiendo a la verdadera raíz de las ideas ahí expresadas: ya “por aquellos años”, cuando el cine vivía su infancia, una pequeña sección cinematográfica, (*Frente a la pantalla*), recogía las impresiones y los sagaces comentarios de Alfonso Reyes, quien, encubierto con el seudónimo de Fósforo, inauguraba así, desde las columnas del semanario *España*, la crítica del género en lengua española. Y como en éste, en muchos otros fragmentos de la obra se deslizan una multitud de atisbos ejemplares e inusitados.

Joven eterno es el calificativo que mejor retrata a Reyes. Pues recordemos lo dicho por Emerson: “Juegamos de un hombre por su facultad de saber esperar, teniendo en cuenta que la percepción de la fecundidad de la naturaleza da una juventud inmortal”. Y Alfonso Reyes sabe esperar y ha comprendido la fecundidad, la compleja e inconmensurable fecundidad de la naturaleza. No sostiene con la energía del pedante olímpicos dictámenes; se limita a exponer su pensamiento, claro, vivísimo, al desnudo.

Su erudición es precisa, lejana de la aridez y consciente de su fin. Aun las *Cuestiones Gongorinas*, libro ante todo documental, nos la muestran de esta manera. Con la excepción problemática, pero en todo caso muy significativa, del especialista Dámaso Alonso, nadie posee un conocimiento tan profundo y vasto de la poesía gongorina. ¡Góngora, siempre Góngora! La savia fecunda del poeta coloso palpita con lucida fuerza en el alma de este “arielista americano”. Aquél, un gigante; espejo magnífico de gigantes éste. Ya lo dijo Goete: “Las opiniones de un artista que tiene conciencia del oficio me han sido siempre muy importantes, y las coloco por encima de todo”.

Opiniones de artista, es decir, un arte de opinar. El Arte de un Arte. He ahí la obra monumental de Alfonso Reyes.

Y si no ¿qué otra cosa son los soberbios *Capítulos de Literatura*

*Española?* ¿Qué sino la sombra, elegante, actualizada, de la incomparable reciedumbre literaria hispánica? Sombra y nada más; una sombra marcada con el pincel de la sensibilidad, por medio de la lírica armonía de matices delicados. Abarcan los *Capítulos* varias siluetas puntuales: el Arcipreste, Quevedo, Alarcón, Lope; clásicos todos de primera magnitud en el parnaso castellano. La personalidad de Alarcón —glosa Díez-Canedo del comentario de Reyes— integra en parte un capítulo de la literatura hispana en que es factor inalienable. “Sin México no se explica bien a Alarcón; pero ¿se le explicaría bien sin España?”

Una página de la literatura igualmente, y no de escaso interés, es la representada por la novela caballerescas en la España medieval. No obstante, sería absurdo investigar la caballería literaria ibérica sin otros datos que los genuinos españoles. El origen hay que buscarlo más allá de los Pirineos, en las leyendas bretonas de Arturo y de los caballeros de la Tabla Redonda, en las hazañas fantásticas de Lanzarote y de Tristán, en las fértiles tradiciones del Santo Grial. En una palabra, precisa deslindar la *Influencia del Ciclo Artúrico en la Literatura Castellana*. Pues bien, de estas mismas ocho palabras (*Influencia del Ciclo Artúrico en la Literatura Castellana*) se sirvió Reyes para rotular un compacto opúsculo relativo al propio asunto. Inútil apuntar la extraordinaria calidad de la obra. Las inapreciables manos del crítico sutil destilan siempre los más gastados conceptos al tiempo que palpan con fluidez las selvas intrincadas de lo inexplorado. Gracia, meditación y retina se aunan y entre sí se completan.

Inéditos, aunque ya muy pronto dejarán de serlo, guarda Reyes dos fragmentos más de su bibliografía. Ellos son, en orden de su calculada trascendencia, *La Crítica en la Edad Ateniense*, que permanecerá en México para su edición, y una fascinante reunión de *Coordenadas*, esto es, de ensayos diversos y concurrentes a un mismo fin: la localización del artista en el mundo que lo rodea, que irá a Buenos Aires. Inéditos también, descansan en los nutridos estantes de su cuarto de trabajo los preciosos borradores de toda una

fenomenología de la literatura. Fenomenología pura en cuanto niega toda huella de preceptiva. Fenomenología auténtica por cuanto significa descripción exclusivamente intuitiva del hecho literario. A un ¿por qué? sucede un “de esta manera” conciso y hasta, pudiéramos decir, apoyado en la más escueta ontología escolástica. Es éste, quizá —me aventuro a afirmarlo sin titubeos—, el paso más importante en la carrera humanista de Reyes. ¿Qué más necesario en estos días de desconcierto general, que una orientación decidida en materia estética, representada por una *Teoría de la Literatura*, y por un prodigioso *Deslinde* entre la Literatura y la no Literatura, que sirva de *Prolegómenos* a la teoría? Mucho sin duda hay que explorar en ese sentido; Alfonso Reyes ha colocado la primera piedra, coincidiendo, tal vez sin saberlo, con un feliz postulado incidental de Aldous Huxley. “La literatura —decía el gran escritor británico— es también filosofía, es también ciencia. Enuncia verdades en términos de belleza. Las verdades-bellezas de las mejores obras clásicas poseen, según hemos visto, cierta universalidad algebraica de significado . . . Todo lo que han hecho, por ejemplo, los psicólogos modernos, ha sido sistematizar y despojar de toda belleza los vastos tesoros de conocimientos acerca del alma humana, contenidos en las novelas, el teatro, la poesía y los ensayos . . . este mundo de las relaciones (del hombre con el mundo circundante), esta región fronteriza entre “lo subjetivo” y “lo objetivo”, constituye un terreno para cuya exploración posee la literatura aptitudes especiales y tal vez únicas”.

En fin, la obra de Alfonso Reyes, profunda, luminosa, honradamente inquieta, pese a su ropaje juguetón y amable, se ha visto aumentada en estos días con el fruto primero de la editorial del *Colegio de México: Pasado inmediato y otros ensayos*. Entre los “otros ensayos” cuenta, sobresaliente, el nombrado *De Poesía Hispanoamericana*, fina reseña un poco climatológica, cuya altura y delicadeza adviértese en seguida. Habla de Rubén Darío: “El gran nombre de Darío significa toda una era de la poesía española, al mismo título, por lo menos, que Garcilaso. Han de pasar siglos para que la arcilla humana pueda organizar otra torre de igual

grandeza. En su obra suelen distinguirse tres épocas principales; los orígenes, derivados del solar español, del epigrama a lo Campoamor y del suspiro a lo Bécquer, en torno al libro *Azul* . . . ; el Rubenismo, que algunos ponen aparte del Modernismo por ser su manera más imitada, en torno al libro *Prosas Profanas*, la música erudita de violines y sonatinas y los bajo-relieves mitológicos; y, por último, la gran música discordante en torno al libro *Cantos de Vida y Esperanza*, que no tiene ya imitadores . . . La primer manera es joya de familia; la segunda, lujo y fiesta de los salones; la tercera, tempestad profética. Reforma (Darío) para siempre la lengua, la técnica y la imaginación . . . El era, más que toda la lira, toda la orquesta". Y llega a Neruda: "rompe del todo con la metáfora grecolatina . . . es el poeta de la juventud, que contempla el mundo con ojos de Heráclito".

Por último, deseo exponer un postrer aspecto del acervo crítico de Alfonso Reyes. Me refiero a su actividad en el correo literario *Monterrey*. Esta especie de crítica, más que en la madurez, se halla en embrión. Empero, hay que recordar la enorme importancia que en la producción de un artista ofrece el boceto. Representa algo así como un armazón, un definitivo punto de partida para la obra que ha de sucederle. Conocidos por todos son, verbigratia, los proyectos geniales de Miguel Angel, el gigante florentino, y de Rodin, el gigante francés. Guardando las debidas distancias, hemos de considerar del mismo modo la señalada actuación del Alfonso Reyes arquitecto de su propia obra.

No se crea por esto que yo propongo, como cimiento de ese edificio espiritual edificado por Reyes con su crítica, al material de un periódico. Compréndase. Intento únicamente hacer resaltar la naturaleza embrionaria —aunque de cierto estimabilísima— del contenido gráfico de *Monterrey*. El mejor medio para una caracterización completa lo encontramos en la sección editorial del primer número, en el *Propósito*: "La nebulosa primitiva se fué condensando en planetas y en sistema solares. Pero, en el orden de la publicación literaria, parece que los planetas —los libros— fueran

la primera fase del fenómeno. Luego, sin dejar de ser lo fundamental, los libros van irradiando su nebulosa, su atmósfera atómica cada vez más cargada y fina. Primero surgen las revistas, para llenar los intersticios entre los libros; después, para llenar los intersticios entre las revistas, aparecen los periódicos literarios" (*Monterrey* es uno de estos últimos) . . . "Este *Correo Literario* (que pongo bajo la advocación de mi ciudad natal por motivos convencionales) sale hoy a desandar la trayectoria de todos mis viajes, en busca del tiempo y del espacio perdido, para limpiar la vereda de la amistad y atarme otra vez al recuerdo de mis ausentes; a toda rienda, a todo anhelo, todo él galope tendido, ya latente, y redoble de pezuñas y espuelas".

Entre las secciones principales del periódico, no permanentes, pero sí frecuentes, sería indispensable mencionar el Boletín Gongorino, acuciosa columna de erudición especializada; la ingeniosa Estafeta y las chispeantes Jitanjáforas; el Aseo de América, relativa a la creación y conservación de bibliotecas, y la siempre bien informada Vida Literaria. Entre los artículos aparecidos más notables, unos han sido recogidos en volúmenes ulteriores. Otros, como el referente a Vermeer y la novela de Proust, quedan todavía en espera de su segundo y decisivo nacimiento, de su reaparición tan mercedada.

Quince números, sólo quince, salieron de esta valiosa publicación en el luengo espacio de cinco años. Quince ejemplares, a razón de tres por año, sostenidos todos, redactados y distribuidos por un infatigable mexicano, expatriado en cumplimiento de una misión diplomática. ¿Su nombre? ¿A qué repetirlo una vez más? . . . Alfonso Reyes.

Jaime GARCÍA TERRÉS.

*Panorama de la crítica literaria en México*, Conferencia, México, 1941, págs. 8-17.